

la crítica en la Iglesia

• IGNACIO PEREZ DEL VISO, S. J.



DA la impresión, a veces, de que algunos laicos e incluso sacerdotes emiten sus opiniones como llevados de un inconsciente *resentimiento* por no haber sido consultados para nada en cuestiones que interesan a todos o a ellos particularmente. Adoptan una actitud en cierto modo *para-jerárquica*, sin llegar, salvo raros casos, a una posición abiertamente anti-jerárquica. Emiten "*declaraciones paralelas*" a las de la jerarquía que, evitando cuidadosamente declararse en rebeldía, dejan entender con suficiente claridad que no comparten las opiniones o directivas de la autoridad eclesiástica (1).

No nos atreveríamos a afirmar que tal modo de proceder sea siempre necesariamente incorrecto, si se guarda el debido respeto a los Pastores y, sobre todo, si se evita el *escándalo*. Diremos algo inmediatamente sobre el espíritu con que debería hacerse la crítica en la Iglesia. Pero sería también peligroso pretender imponer un silencio absoluto con el argumento del escándalo, pues ese mismo lo esgrimen, los que critican, para levantar su voz en la Iglesia. Alegan que su silencio podría ser interpretado, por los hombres extraños a la Iglesia, como un silencio de complicidad, o estiman necesario evitar que se identifique a la Iglesia con determinadas posiciones muy discutibles. Evitarían, así, según ellos, un escándalo mayor. Tal podría ser el caso, cuando representantes oficiales de la Iglesia parecen favorecer actitudes del gobierno o de un partido político con

(1) Cfr. nuestro artículo: "La libertad de opinión en la Iglesia", ESTUDIOS, N° 560 (XII-1964), pp. 757-764.

desmedro de los más débiles o de la clase trabajadora.

EXIGENCIAS DE LA FE

No nos referimos, evidentemente, a situaciones extremas en que algún Pastor traicione, aunque posiblemente con buena voluntad, su misión, apoyando públicamente, por ej., la segregación racial, el antisemitismo, la opresión de la libertad, etc. No cabe duda de que en tales casos tienen los fieles no sólo el derecho sino hasta un cierto deber de *amonestar privadamente a su Pastor*, poner en conocimiento del hecho a la autoridad jerárquica superior e incluso, si las circunstancias urgieran, dar a entender a la opinión pública que su fe no les exige necesariamente tal toma de posición; más aún, que ambas actitudes son incompatibles. Esto sería necesario para evitar precisamente el escándalo.

Pero aún en tales situaciones que parecen extremas no se puede proceder arbitraria y precipitadamente. Hay que sopesar con toda prudencia cuál de los escándalos sería mayor: el de una Iglesia que traiciona a su misión o el de un grupo de fieles que parece rebelarse contra la autoridad eclesiástica. Si realmente fuera mayor el primer escándalo, no se trataría ya entonces de una rebelión, sino de un *hacerse cargo de una seria responsabilidad que no supo ser asumida por quien tenía el deber de ello*. Esto sólo podría ser motivo de escándalo para las mentalidades farisaicas o para algunos débiles en la fe, que merecen también nuestra consideración. Cabría recordar al respecto el principio establecido por San Gregorio Magno: "*Cuando al-*

guien se escandaliza de la verdad, vale más consentir el escándalo que no abandonar la verdad". (PL 77, 324).

Pero dejando los casos extremos y considerando aquellos en que ni es claro que un Pastor haya traicionado su misión, ni es imposible el recurso a una autoridad superior, ni se puede prever que el escándalo de una Iglesia infiel a su misión sea mayor que el de una disensión interna, ni es imposible tampoco la amonestación privada, debemos reconocer entonces que sólo es posible ejercitar una crítica, con temor y temblor, *si se posee la convicción de que uno es movido por el Espíritu de Dios*, el cual no es dado para destrucción sino para edificación de la Iglesia. Por sus frutos los conoceréis, a quiénes guía el Espíritu de Cristo y a quiénes impulsa su despecho o impaciencia.

OBEDIENCIA Y LIBERTAD

Sería un error interpretar la sumisión de los fieles a su Pastor de acuerdo a la obediencia que prestan los sacerdotes a su Obispo o, peor aún, los religiosos a su superior. Los fieles no han hecho voto de obediencia. Gozan de mayor libertad *junto a su Obispo, en la comunidad que preside el Obispo, pero nunca frente al Obispo*. No es que la línea divisoria entre lo mandado y lo permitido se haya desplazado unos metros en favor de la independencia de los fieles. En un sentido podemos decir que todas sus vidas giran en torno a la cabeza de su Iglesia, ya que la fe no deja ninguna esfera "autónoma", sustraída a la palabra del Pastor.

Pero, desde otro punto de vista, po-

seen los laicos una doble misión, en cuanto *miembros de la comunidad cristiana* y en cuanto *ciudadanos de la sociedad temporal*. Deben encarnar el cristianismo en las estructuras humanas; pero como lo espiritual y lo temporal no funcionan como dos esferas desconectadas entre sí, la independencia de que gozan en lo temporal no puede dejar de repercutir, en parte, en lo espiritual. La libre opción ante un partido político, por ej., supone una interpretación personal de las directivas generales emanadas de la Jerarquía. Y aunque mediara una prohibición particular de ella, no quedaría aún zanjada la cuestión en el plano individual; cabría según su espíritu.

Sería igualmente exagerado pretender que los fieles deben recibir y ejecutar mecánicamente las directivas emanadas de arriba. El hecho de que la orden se haya producido no significa que toda la responsabilidad recaiga ya en quien la emitió, *como si la autoridad debiera cargar después con toda la culpa de los fracasos*. Tal modo de obediencia, en que el inferior queda como un peso muerto en manos de su superior, no la exige ni desea la Iglesia ni siquiera en la vida religiosa. Al aceptar sumisamente una orden que sabe nociva para sí mismo o para los demás, pecaría fácilmente un religioso. Debe utilizar, en tal caso, todos los medios posibles para hacer caer en la cuenta al superior de la gravedad de su decisión, y, si el resultado es negativo, debe recurrir aún a una autoridad más elevada.

Trasladado esto al plano de la comunidad eclesial, se advierte cómo los *fieles no quedan dispensados de pensar por cuenta propia* por el hecho de que se les haya dado una orden. Ellos también

son responsables del resultado y no pueden quedarse de brazos cruzados viendo cómo fracasa una obra, aunque sea peculiarmente eclesiástica.

Pero quienes han tomado conciencia de que determinada directiva no es provechosa para el bien de la Iglesia, experimentan, con demasiada frecuencia, que no son viables los recursos mencionados en el caso de un religioso. Les parece inútil, si no ridículo, el recurso a la distante autoridad central de la Iglesia, y hasta ignoran la forma práctica de hacerlo. Pueden pensar, por otro lado, que es inimaginable una influencia personal sobre la autoridad jerárquica, pues se encuentra latente, bajo la orden, *un problema de mentalidad*, la cual tiende a estabilizarse en cierta edad de la vida. Pero ello sería dejar caer los brazos antes de tiempo. Y es entonces cuando surge, movido del resentimiento, un gesto de rebelión que encuentra su válvula de escape en inquietantes declaraciones periódicas.

Puesto que se trata de un problema de mentalidad, debe pensarse que se impone una muy larga *paciencia*, virtud que es identificada, ocasionalmente por San Pablo con la *esperanza*. Se trata de una alegre paciencia porque confía en el resultado, y de una operosa paciencia porque pone manos a la obra para lograrlo. La crítica puede ser, a veces, un dejar caer los brazos y renuncias al deber de ayudar a los Pastores en su difícil misión. Cuando la crítica entorpece en vez de facilitar el resultado, debemos tener la nobleza de renunciar a ella, aunque nos consideremos con un cierto derecho a defender públicamente nuestra posición personal. Cuando abandonamos a los Pastores a su suerte, estamos abandonan-

do, en realidad, a la comunidad que presiden.

Puede ocurrir también que los inferiores, ante una orden ya dada, se declaren derrotados porque sencillamente permanecieron inactivos *antes* que se diera. De allí la necesidad de una opinión pública en la Iglesia que ayude y oriente a los Pastores hacia las decisiones más adecuadas. Ellos no poseen la omnisciencia —ni siquiera el Papa, aunque goza de la infalibilidad—, y deben ser informados y aconsejados. No es necesario tampoco esperar a que el superior jerárquico solicite expresamente un consejo o una opinión. Ante todo, porque tal petición queda restringida a lo que éste considere urgente o conveniente. Pero una información ofrecida espontáneamente podría hacerle ver la conveniencia de hacerse aconsejar también en otras materias. Pero la razón principal es que el poder opinar libremente en la Iglesia con caridad y respeto, *no es una concesión* otorgada benévolamente por tal o cual Prelado de avanzada. *Es el derecho fundamental a vivir en el seno de la Iglesia, con una vida que no es inconsciente y adormecida, sino despierta, atenta y pensante.* En este sentido la opinión pública en la Iglesia es anterior a las directivas de la Jerarquía, y no precisa que se le esté indicando a cada paso lo que conviene decir. El Cardenal Alfrink, sin sentir menoscabada su autoridad y la del episcopado que preside, recordó “que la prensa católica (de Holanda) representa un punto de vista *independiente y libre —aunque prudente—* frente a la organización eclesiástica y a sus actos de gobierno” (1).

(1) *Criterio*, N° 1.419 (10-1-1963), p. 6.

Lo anteriormente expuesto no puede ser interpretado como una exhortación a la crítica, como si los fieles debieran prestar más atención a lo negativo —ineludible en toda autoridad humana— que a lo positivo. Las consideraciones que preceden se orientan, por el contrario, a señalar *el difícil camino de la libre opinión cristiana*, del cual nos apartamos frecuentemente por nuestra falta de prudencia o de amor a la Iglesia. Lo que podríamos completar señalando el modo y las cualidades requeridas para una sana crítica en la Iglesia.

EL ESPIRITU DE LA CRITICA EN LA IGLESIA

La crítica no debe hacerse *contra* la Iglesia sino *en la Iglesia*. Tampoco contra la Jerarquía, sino en favor de la Jerarquía, en el sentido de que toda crítica debe estar orientada a facilitar a la autoridad eclesiástica el gobierno de la comunidad, lo cual no siempre se logra adulando servilmente sus disposiciones.

La recta crítica es una obra de *misericordia espiritual*, como muy bien lo indica Santo Tomás (II-II, q. 33). Respecto de los Prelados no es propiamente un acto de justicia, pero sí de caridad (artículo 4), si se hace con mansedumbre y reverencia.

La crítica a un superior eclesiástico ha de ser *oculta*. “Ha de saberse, sin embargo —dice Santo Tomás— que, cuando amenaza un peligro para la fe, los prelados han de ser reprendidos aun *públicamente*. Así Pablo, que estaba sujeto a Pedro, por el inminente peligro de escándalo respecto de la fe, lo reprendió

públicamente" (1. c.). Cuando amenace un peligro de escándalo en la fe, no es algo que se pueda determinar de antemano y queda en parte librado al juicio prudencial de los fieles.

La crítica es un *servicio*, un ministerio en favor de nuestros hermanos y no en provecho propio. Ha de estar orientada por tanto, al bien del que es criticado y no a darle su castigo merecido. Encuentra un cierto límite en proporción a la esperanza de hacer cambiar al que ha errado. Si sólo sirviera para aumentar su empecinamiento, tal vez lo mejor sería aguardar una ocasión más propicia, de no mediar otras razones comunitarias.

La crítica no debe partir del *resentimiento* hacia la Iglesia o hacia la Jerarquía, sino del amor a la misma. Y no de un amor "en general", a la Iglesia católica como la conocemos por el dogma, sino a esta Iglesia concreta, de ahora y de esta ciudad, no sea que la perjudiquemos pretendiendo un bien abstractamente espiritual.

Debe ser una crítica que esté *dispuesta, a su vez, a ser criticada*. El que enjuicia no debe pensar que ha descubierto la verdad, el non plus ultra. Ha de reconocer que sus opiniones son igualmente el producto de circunstancias determinadas en las que se puede mezclar la escoria de la pasión o de la ignorancia. El empecinarse en la propia crítica y no estar atento a lo que sobre ella se comenta desde las *diversas* posiciones, es una señal de que no se procede con el espíritu de Cristo.

No debe ser un ataque sino una *búsqueda conjunta de la verdad*. Un diá-

logo y no un acre monólogo. Y aunque la otra parte no parezca dispuesta a dialogar, débese conservar siempre una actitud de apertura, que no cierre la puerta a una futura colaboración. Las reacciones demasiado violentas tienen la virtud de cortar los puentes, con lo que quedamos nosotros mismos aislados en nuestra propia opinión. Tomando el ejemplo de la actividad parlamentaria, podríamos decir que debe realizarse, no como al diputado de otro partido político, sino como a un miembro del propio, a quien se le advierte con el mayor disimulo y, si es posible, se dilucidan las cuestiones previamente en privado.

Debe ser una crítica *moderada*, contenida y reservada. Esto se ha de traslucir aún en el lenguaje. Todas las expresiones terminantes, como: "La Iglesia ha traicionado su misión, el Obispo no entiende nada del problema, el Papa ha sido cobarde al no denunciar tal agresión, etc.", no sólo muestran su disconformidad con lo que pudiera haber de incorrecto, sino que, más frecuentemente, arrastran también verdaderos valores bajo el arrebato de la pasión.

La verdadera crítica *duele más al que la hace* que al que la recibe. Cuando un hijo quiere darle a entender a su madre que sería conveniente evitar tal actitud con la que está haciendo el ridículo ante los extraños, se siente sumamente incómodo y sufre, tal vez, horrores, buscando palabras que insinúen apenas sin llegar a ofenderla. No toma pie de un amor "fundamental" a su madre para hacerla objeto de invectivas y reproches. Y sería éste el momento de recordar que la Iglesia es nuestra Madre.

La sana crítica *debe producir unión*

y no divisiones. Cuando forma bandos en la Iglesia aunque no lo hubiera pretendido ni previsto el que la hace— es señal de que no obedece a una inspiración del Espíritu Santo. Podría ser, a lo más, una actitud humana, movida por la buena intención, pero ésta no basta para ejercitar la crítica en la Iglesia. Dios no puede impulsarnos a una acción que produzca desunión en la Iglesia. Cuando tal cosa ocurra, y se agrupen los fieles en torno a hombres de gran talento y empuje, deberíamos meditar las palabras del Apóstol: ¿Acaso Pablo ha sido crucificado por vosotros? ¿o Pedro a Apolo?

La opinión libremente emitida *tiende a integrarse* en la esfera del pensamiento de la comunidad. Decía Chesterton que una herejía es una idea católica que se ha vuelto loca, que se ha disgregado del misterio cristiano. Algo semejante podríamos decir de la falsa crítica: es una opinión que se ha disgregado del diálogo intelectual comunitario, y se ha erigido a sí misma en valor absoluto.

La crítica debe ser ejercida por quien posea *competencia* para ello. Así como nos quejamos de los sacerdotes que, en base a su investidura, sientan cátedra en las cuestiones profanas y pretenden tener la última palabra en pedagogía, si-sología o política, así también son reprehensibles aquellos laicos que no reconocen fronteras en su juicio sobre los problemas más íntimos de la vida eclesiástica. Esto no significa que no puedan emitir su opinión con sencillez, si desean verdaderamente aportar algo útil, siempre que estén dispuestos a encauzar su parecer de acuerdo al juicio de las personas competentes.

La sana crítica se reconoce en el hecho de que produce un *acercamiento entre el que critica y el criticado*. Es fácil criticar desde lejos, desde una lejanía interior, no geográfica. El tomar distancia puede ser incluso una actitud inconciente de falta de valor, un estar a la defensiva. Cuando dos personas se aproximan aceptan tácitamente que cada una de ellas pueda sufrir el influjo personal de la otra. Si así no fuera, estaría de más sentarse a una mesa de conferencias para solucionar los conflictos. La cercanía disipa malentendidos, despierta el muto aprecio y simpatía, pero requiere una gran madurez para llevarla a cabo.

La crítica *no se puede realizar en la misma medida en cualquier época de la historia*. Aducir como ejemplo las críticas lanzadas contra los Papas por San Bernardo, Santa Brígida o San Felipe Neri, puede ser un grosero error. En una época en que los límites del mundo conocido "parecían" identificarse con los de la Iglesia, la crítica públicamente ejercida era siempre una crítica *dentro* de la Iglesia. Pero actualmente, en que un 80 % de la población mundial vive fuera de la Iglesia humanamente localizable, y que aún en los países de mayoría católica, es muy amplio el círculo de los que resultan extraños a la vida de la Iglesia —estén o no bautizados—, da la impresión de que la crítica pública ya no se realiza dentro de la Iglesia, sino más bien afuera. Parece una crítica de la Iglesia para consumo externo, para los que buscan precisamente material inflamable que dé nueva vida a su anticlericalismo. Cuando vemos que ciertas opiniones se difunden por medios de

propaganda cuyo radio de acción se extiende principalmente entre los extraños a la Iglesia, podemos preguntarnos si se trata de una verdadera crítica *en la Iglesia* o de un golpe bajo para presionar desde afuera, aunque se haga esto con la mejor intención.

Es verdad que existe un derecho a la crítica en la Iglesia, pero ese derecho es al mismo tiempo un *carisma*. En cuanto derecho, todos tienen la capacidad remota de ejercerla, pero en cuanto carisma, es un don que el espíritu reparte según su deseo y no según nuestro estado de ánimo. Como los carismas, no queda restringido a la esfera de lo jerárquico, sino que puede manifestarse igualmente en un sacerdote y en un laico.

No todos están llamados, con capacidad próxima, a ejercer la crítica, aunque ganas no nos falten para ello. Y así cargo de gobierno en la Iglesia sin tener las aptitudes correspondientes —en lo a la crítica sin estar impulsado por el cual no es necesario que uno sea el propio juez—, así también lo es lanzarse como sería una temeridad aceptar un correspondiente carisma.

¿En qué consiste el carisma de la libertad de opinión y de crítica en la Iglesia? En tener la cualidad de producir *todos* los buenos efectos que estamos enumerando, a los que se podrían añadir otros más. Un principio de ética establece que una acción es buena cuando se cumplen todos los requisitos para ella; y que es mala al faltar alguno de los esenciales (*"bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu"*). Y lo mismo podemos decir de la crítica. Aunque

se hiciera con la mejor buena voluntad, con la suficiente competencia, por amor a la Iglesia, con mesura, con espíritu de diálogo, con respeto, con deseo de buscar la verdad, con disposición de dejarse corregir, pretendiendo hacer una obra de misericordia espiritual, etc., pero si tiene como resultado producir disensiones y rebelión en la Iglesia, no nos artemos a decir, entonces, que procede del Espíritu de Dios.

La crítica no es algo objetivo que se realiza como una acción en sí misma completa y llena de sentido. Posee ante todo un carácter intencional que se proyecta sobre la comunidad, la cual sufre su impacto, se apodera de su contenido y lo elabora de acuerdo a circunstanciales estados de ánimo. Y como el carisma de la crítica no es dado para provecho personal sino para el bien de la Iglesia, *su noción está indisolublemente ligada a la de sus efectos*. Sólo aquél que con su crítica encamina a la comunidad hacia una más auténtica y plena vivencia cristiana, puede decirse que goza del singular carisma.

Y como los efectos no se pueden conocer siempre de antemano, admitamos que el criticar u opinar cristianamente supone no poco valor para afrontar lo imprevisible. Seamos indulgentes con aquellos que fueron arrastrados con el proceso de su libre opinión. Respetemos su sinceridad y su amor a la Iglesia. Admiraremos su entereza para juzgar su prestigio personal e incluso su posición en la Iglesia. Gracias a ellos podemos apreciar mejor hasta dónde se extienden los límites de la prudencia y con qué espíritu ha de emitirse la libre opinión. ♦